

DE BUENAS LETRAS

Mientras dure la guerra

JOSÉ IGNACIO FERNÁNDEZ DOUGNAC
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Dentro de poco conoceremos la acogida que tendrá, en la próxima gala de los Goya, la película de Alejandro Amenábar, 'Mientras dure la guerra'. Como es sabido, narra los últimos días de Miguel de Unamuno, centrándose en la famosa intervención que tuvo el escritor en el paraninfo de la Universidad de Salamanca el 12 de octubre de 1936. En el acto se encontraban, entre otros, Millán Astray, Carmen Polo, la esposa del dictador, el obispo Plá y Deniel y el poeta José María Pemán.

No existen testimonios precisos y fehacientes de lo que allí ocurrió. La famosa frase de Unamuno («venceréis, pero no convenceréis»), con la que, se supone, culminaba su oposición a las alucinadas proclamas del Millán Astray, la que encendió la cólera fascista y la que ha pasado a la posteridad como una hermosa proclama, parece que no se corresponde con la realidad. Esta expresión fue dada a conocer por Luis Portillo en la revista inglesa 'Horizon' (1941). Portillo no estuvo presente en el acto. Gracias a las documentadas aportaciones de Colette y Jean-Claude Rabaté y las recientes

de Delgado Cruz, todo apunta a una máxima más generalista: «vencer no es convencer», pero, al fin y al cabo, lo mismo de lúcida. A raíz de aquello, Unamuno fue condenado a arresto domiciliario hasta su muerte, acaecida en diciembre del mismo año.

El suceso ya ha sido llevado al cine por Manuel Menchón ('La isla del viento', 2015), con José Luis Gómez en el papel de don Miguel, quien también ha paseado tan valiosa interpretación por las tablas. Desde un punto de vista estrictamente cinematográfico, a mi juicio, 'Mientras dure la guerra' no sobrepasa una esmerada corrección. Acusa ese tono docente, ese exceso de tesis y subrayados que lastra algunas obras de Amenábar. Su atractivo descansa en un buen diseño de producción, pero sobre todo en la magnífica labor de los actores. Destaco a Eduard Fernández (Millán Astray) y Santi Prego (Franco), al crear unos personajes con perfil y entidad antes que inclinarse por la caricatura, que habría sido lo fácil, lo más plano. Gracias a ello, se logra uno de los mejores momentos: la secuencia en la que Millán Astray, de una forma asombrosamente in-

genua, enarbolando el argumento de la 'baraka', convence a la Junta Militar para que Franco dirija la contienda. El épico discurso del legionario choca con lo que vemos en la pantalla: un militar encogido como un 'cuquito', ensimismado, cabizbajo y pusilánime, agarrando sus guantes de general con unas manos seguramente sudorosas; un Franco que ni por asomo representa al héroe invicto y casi divino que pregona el legionario. Las imágenes van más allá de las palabras. Esto es el cine.

Evidentemente el filme no es una lección de Historia, de la misma manera que cualquier novela histórica no ha de concebirse como el discurso científico de un investigador. Amenábar elabora, ante todo, una ficción a través de la cual nos expone su peculiar imagen de Unamuno, el papel del intelectual con todas sus contradicciones en tiempos recios, a la vez que se aleja de los clichés más manidos de muchas cintas que han abordado nuestra Guerra Civil. Pero lo más atractivo de la película acaso sea que pone sobre el tapete algo que se echa en falta en esta sociedad hipócrita y anestesiada, entumecida por la rigidez y el gremialismo, apabullada por la simplificación de los edictos digitales y los discursos huecos. Me refiero a la figura del librepensador, al activismo del heterodoxo que escucha para comprender y aprender, aquel que ejerce el maravilloso peligro de pensar con libertad y es crítico siempre con el poder, asumiendo incluso el derecho a equivocarse. El que admite lo que dijo Machado a través de Juan de Mairena, que «la verdad del hombre empieza donde acaba su propia tontería», pero aceptando que «la tontería del hombre es inagotable».